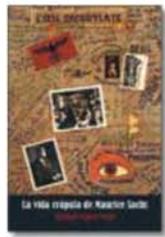


LIBROS / Ensayo



La vida crápula de Maurice Sachs
Enrique López Viejo
Melusina, Barcelona, 2012
252 páginas, 19,90 euros

Por Luis de León Barga

MAURICE SACHS (París, 1906- Alemania, 1945) tuvo una vida muy novelesca y por eso su biografía resulta tan atractiva. No sólo por la multitud de peripecias que protagonizó, sino también por la época que le tocó vivir, el París de entreguerras del pasado siglo. Enrique López Viejo, autor de una biografía sobre los tres príncipes del anarquismo ruso, Kropotkin, Herzen y Bakunin, *Tres rusos muy rusos*, y otra sobre Pierre Drieu La Rochelle, escritor que vivió en el mismo escenario y época que Maurice Sachs, aporta sus conocimientos sobre esas tres décadas clave del siglo XX para contarnos la vida disparatada de este pícaro redomado. Como buen liante, Sachs era un gran seductor, divertido y culto. Capaz de reírse de todo y de sí mismo, maledicente y aventurero, se pasó por la vida del brazo del vicio y la pequeña delincuencia, aunque siempre protegido por los dos papeles que mejor representó: el del libertino y el del literato.

López Viejo nos conduce con mano segura a través de la vida de Sachs hasta su muerte, con sus carencias afectivas, padres "desertores" y padrinos decadentes. Este ameno y trepidante libro nos permite conocer a este hombre desafortunado, cuya leyenda negra empezó a crecer después de su muerte. Sin embargo, ya antes tenía una sólida mala fama, gracias a su alcoholismo, las sucesivas bancarrotas, las estafas y la traición a sus amistades y benefactores. Pese a ello, su encanto y cierta debilidad manifiesta, así como sus sucesivos arrepentimientos, le permitían salir bien librado, aunque luego volvía la infamia empujado por él mismo y contra él mismo. Cocteau le consideró un protegido "diabólico", y Maritain le apadrinó en su bautizo tardío. Fue cronista del *Le Boeuf sur le Toit*, el histórico y emblemático local donde se reunían los artistas e intelectuales del momento, y llegó a ser miembro del comité de lectura de Gallimard. Fiel a lo que él mismo escribió acerca de su tiempo, vivió varias vidas en una. Entre otras, fue seminarista con sotana hecha por Chanel, recibió anticipos para libros que nunca escribió, se casó con una americana a la que plantó enseguida, promovió el burdel gay... Tanta actividad hizo que escribiera la mayor parte de su obra literaria mientras se encontraba encarcelado en Hamburgo. *Le Sabbat* es su gran novela, pero ya nos encontramos al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando Europa arde en llamas. Con la ocupación alemana, Sachs siguió con sus juegos prohibidos como si nada hubiese cambiado. Entre robos, timos, delaciones de congéneres judíos y proxenetismo, acabó como trabajador voluntario y confidente de la Gestapo en la Alemania del Apocalipsis final. Encarcelado por su homosexualidad, murió de un tiro en la sien mientras los presos eran trasladados a marchas forzadas hacia Kiel. Todo esto y más nos cuenta esta biografía que también es un retrato de unos héroes en cuyas vidas agitados se resume la esencia de la modernidad surgida tras la hecatombe de la Primera Guerra Mundial y el *crash* de 1929. ●

Unos asaltos con Norman Mailer

Un arte espectral reúne las notas del escritor sobre autores como Wolfe, Capote o Franzen

Por Carles Geli

CUIDADO CON EL escribir en general y con la novela en particular. Esta es como "una gran prostituta", de la que uno cree haberse librado después de estar con ella pero que, años y mujeres (o géneros) después, vuelve a encontrarse en una esquina, sonriéndote. Que cuando has estado con ella, especialmente de joven, aseguras: "Tío, la hice gemir" y ella se ríe en su cama vacía: "El fue tan dulce al principio pero al final sólo hacía 'pip, pip, pip'...". Sólo Norman Mailer, ácido de la narrativa y el periodismo estadounidense y vida volcánica (compromiso político, drogas, seis matrimonios —su segunda esposa apuñalada por él—, nueve hijos, tan admirado como odiado por sus colegas), podría enfrentarse tan descarnadamente a su oficio. Lo que 59 años de combate le enseñaron lo volcó en decenas de entrevistas y artículos que, corregidos y aumentados, dieron pie en 2003 a *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*.

Intenso (a veces, denso) y duro, Mailer empieza con el lector como sus tan referenciados boxeadores, con esos saltitos con los que se balancea todo púgil que se precie al comenzar el asalto: que si se inició a los siete años con dos libretas y media destinadas a una novela de ciencia-ficción; que si el primer libro que de verdad le influyó fue *Capitán Blood* (qué premonitorio) de su muy leído Rafael Sabatini, que si haciendo el curso obligatorio de composición elemental en su primer año de ingeniería aeronáutica (así las gastan en Harvard) fue cuando tomó conciencia de querer ser escritor... Pero, y él lo sabía, los tipos duros no bailan y en seguida empieza a castigar el hígado del lector... y el suyo. Sin concesiones. "Desengáñate: tu material se vuelve valioso sólo cuando es existencial (...). Es la vida de la que no puedes escapar la que te da el conocimiento que necesitas para crecer como escritor (...). Un hombre pone su personalidad en juego cuando escribe una novela; nadie puede escapar del todo de su propia personalidad. Tal vez sea ésta la peor noticia que un escritor joven puede recibir". Que se aparten los débiles de espíritu porque "todo autor debe alzarse por encima de despreciarse a sí mismo".

Tras unos tanteos sobre su propio cuerpo —de su majestuoso debut *Los desnudos y los muertos* (1948) dice que está escrito "con descuido, todo sustantivo va de la manita del adjetivo más cercano y comúnmente disponible"; su tercera novela, *El parque de los ciegos* (1955), fue "un libro atrapado en la porcelana de un estilo falso"— a Mailer (80 años cuando el libro) se le escapan como tiernos consejos para aprendices de novelistas que antes, sargento de hierro, ha acobardado. Y así, va saltando: "¿Has leído lo suficiente para sentarte y escribir?"; "El

estilo es la mitad de una novela"; ¿y qué es esto?"; "El conjunto de decisiones sobre qué palabra es valiosa y cuál no en cada frase que escribes"; y sugiere vigilar metáforas: "Revelan la verdadera captación de la vida en un autor".

También es verdad que predica lo que no hace porque si bien recomienda no leer clásicos mientras se escribe ("es como mirar un Ferrari cuando tú tienes todo tu coche desmontado en el taller por piezas"), al empezar él estaba con *Ana Karenina* (para los personajes) y con Thomas Wolfe (para

te más heroica que tú"), le da pie a castigar a todo un Tom Wolfe, "el último de todos los escritores estadounidenses importantes cuando se trata de comprender un poco más sobre los hombres y las mujeres". Un guantazo parecido al que encaja Truman Capote: "Si no hubiera escrito *A sangre fría* yo no hubiera podido hacer *La canción del verdugo*, pero yo no quería mejorar nada (...); escribió las mejores frases de cualquiera de nuestra generación. Tenía un oído buenísimo. No tenía una buena mente. No sé si alguna vez le preocupó una idea amplia". Enfrentándose a esos pesos pesados, no sorprende que también le arree a uno ligero como Jonathan Franzen: "Escribe soberbiamente bien frase a frase, pero está demasiado lleno de lenguaje, así como los nuevos ricos están demasiado llenos de dinero", dice acerca de *Las correcciones*. Y le recrimina que cree personajes "de una sola nota".

Hemingway también le sirve de saco: "Su estilo nos afectó a generaciones enteras, del modo en que un cuarto lleno de hombres se conmueve cuando una mujer bella lo atraviesa; su noche cambia para mejor o para peor (...). Ocupa el centro mismo de la escritura norteamericana", concede, pero por egocentrismo "tenía que sentirse a la altura de sus héroes" y eso limitó el tipo de obras que publicó.

Mailer sobrevivió en parte a ese mal de Hemingway: marihuana, adicción al alcohol, violencia... temas que no elude pero que no castigaron su análisis. Su pegada es de estilo. Por eso diagnostica las secuelas de los golpes del éxito ("no te permite ser ya el pájaro que observaba desde la rama, te convierte

en avestruz" y eso conlleva "pasar a escribir por deducción en vez de por inducción"); a trazar nexos entre escritura y democracia ("no puede haber una gran democracia sin grandes autores; las grandes novelas revigorizan nuestra visión de la sutileza del juicio moral y eso es esencial para la democracia", como hizo *Las uvas de la ira*...), algo que no sustituirán periodismo y televisión.

Tolstói, Chéjov, Beckett (éste, como Hemingway en *El viejo y el mar*, incapaz de crear personajes que respondan a la pregunta de por qué habían de seguir luchando), Henry Miller (*Tropico de cáncer* es de las pocas grandes novelas de nuestro siglo, una revolución en estilo y conciencia), pero también Marlon Brando en *El último tango en París* o Willem de Kooning o Robert Rauschenberg... No hay enemigo grande para Mailer. Hasta Picasso: "El artista del XX que más influyó en mi trabajo no fue un escritor sino Picasso". ¿Qué hizo que le marcó? "Buscar nuevos atques sobre la naturaleza de la realidad". Arte, efectivamente, espectral. ●

Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura. Norman Mailer. Traducción de Elvio Gandolfo. BackList, Barcelona, 2012. 431 páginas, 19,50 euros.



Norman Mailer (1923-2007), fotografiado en 2005. Foto: Bob Daemrich / Corbis

"Nadie puede escapar del todo de su propia personalidad. Tal vez sea ésta la peor noticia que un autor joven puede recibir"

las descripciones). Si a eso se le añade que lleva calzados siempre los guantes, el resultado es puro Mailer: "No te metas en los pensamientos de tu protagonista hasta que tengas algo que decir sobre su vida íntima que sea más interesante que las suposiciones del lector", dice, porque hacerlo para acabar reflejando temas banales "es lo peor del *bestsellerismo*", género que le permite arrear a Stephen King ("escritor torpe y repetitivo cuando empezó, pero los lectores de *best sellers* respondieron a su sinceridad"). Igual que cuando habla de la creación de personajes ("no es bueno que se mantengan por debajo de ti; necesitas gen-